

1 Bohemia
¡ Por aquí paso el ciclón !...

EN LA CAMPIÑA MATANCERA NO HAY MAS QUE DOLOR, RUINAS Y MISERIA

(De Nuestro Enviado Especial
JOSE QUILEZ VICENTE)

oct 3/48
POBRES guajiros éstos que llevan cinco mortales días aizando al firmamento en tinieblas sus pupilas enturbiadas por las lágrimas, rodeados de escombros, aislados en la soledad de la campiña, perdidos en barrios y pueblos matanceros cuyas carreteras y caminos acabamos de recorrer! Todas las rutas que parten de la ciudad yumurina hacia el interior de la provincia, ofrecen al viajero un panorama idéntico. La similitud del paisaje corre pareja con el horrible drama que han vivido y representado estas gentes durante doce horas de angustiosa

obstáculos que hacen peligroso el tránsito. A derecha e izquierda, vencidos por la violencia de los elementos, árboles centenarios que formaban bellos túneles de verdura sombreando la ruta, yacen deshechos, cruzados sobre las cunetas, desgajadas sus ramas, y al aire sus raíces cual entrañas en agonía.

vertimos el paso del vendaval desencadenado, frenético y ciego, que dejó los palmares arrasados, convertidos en brazos tronchados que van hacia el cielo rechazando un destino tan cruel como inmerecido.

Espíritus cuya frivolidad o insensatez se emparejan con una falta absoluta de sensibilidad, han dado en esparcir el rumor de que el ciclón desencadenado sobre esta porción de la tierra cubana a las siete de la tarde del pasado lunes veinte de septiembre, había carecido de importancia. Esa especie significa, además de un sacrificio, una estupidez. El hecho; afortunado, de que el fenómeno climatológico

no perturbara la normalidad en las grandes zonas urbanas del país, no autoriza a calificar de benigno el huracán.

Por aquí pasó el ciclón y sus alucinantes zarpaos abrieron heridas que tardarán en cerrarse mucho tiempo... El guajiro matancero, tan laborioso, tan callado, siente dolor en su propia carne, angustia en el alma y el tormento de verse naufrago en este inmenso laberinto de escombros y ruinas... La pincelada melancólica de sus blancos bohíos con techo de guano, sus largos potreros, sus cercas multi-formes, sus talanqueras primitivas, sus huertos familiares, los campos



La bella dama Sra. Fabia Domínguez, esposa del Jefe Militar de Matanzas coronel Soca Llanes, a presencia de éste y de su encantadora hija Ampy y la señorita Fiallo, entrega al Jefe de Salubridad doctor Ponte Domínguez los envíos de medicamentos de que fué portador nuestro compañero José Quilez Vicente para los damnificados por el ciclón en aquella ciudad.

ansiedad. No queda nada de la prosperidad de ayer. Sus perspectivas luminosas, sus extensas sabanas, sus fértiles valles, el verde incomparable de sus cañaverales, el trazo amarillento de sus platanales, han desaparecido bajo un mar de fango... Las calzadas, antes limpias y bruñidas, semejan ríos desbordados, por los que corren en tumultuoso tropel toda clase de

Y junto a ellos, como una guerra declarada por la Naturaleza al progreso de la época, los postes que llevan el fluido eléctrico y el tintineo del telégrafo y del teléfono a los rincones más apartados para advertirlos que no están desamparados por el resto de la colectividad. A lo lejos sobre los pequeños cañaverales, y las suaves hondonadas del escenario campesino, ad-

¡Estas desventuradas guajiras de Unión de Reyes, contemplan entristecidas su hogar destruido por el ciclón de la pasada semana!...



Nuestro estimado compañero José Quilez, el cameraman del "Noticiero Nacional" y nuestro mecánico conductor Manuel Ledo se disponen a recorrer las regiones devastadas en unión del teniente Félix Martínez, de la Plana Mayor del Regimiento No. 4, Plácido.

¡Ni casa, ni muebles, ni ropas, ni atisbo de vida queda a esta madre infeliz de los arrabales de Cabezas, que con la tragedia en el rostro se aprieta a sus hijos en el esqueleto de la cama desvencijada!...

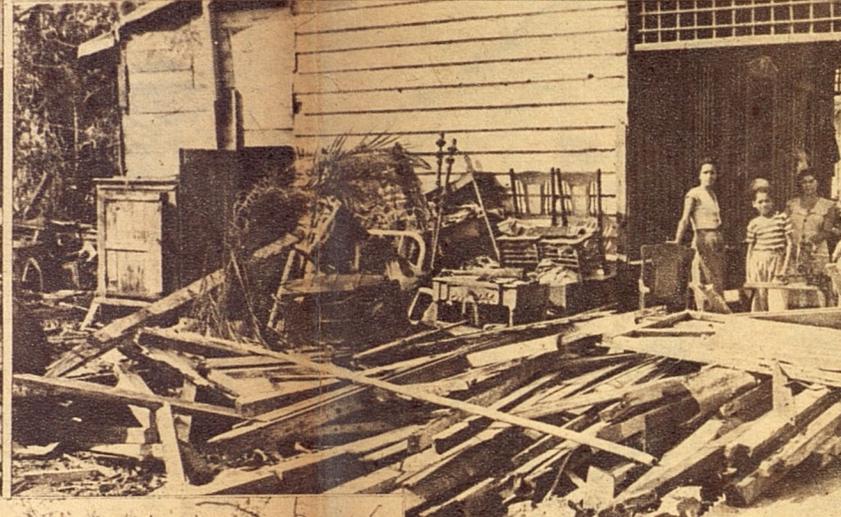




¡Por esta zona de Bolondrón pasó el huracán convirtiendo en ruinas la casa donde se albergaba esta numerosa familia que ahora llora la catástrofe que perdurará por mucho tiempo sobre ella!...



Esto fué uno de los mejores edificios del pueblo de Unión de Reyes, que ahora sólo tiene unas columnas agrietadas y en peligro de derrumbarse a cada instante...



Aquí tenía la Asociación de Colonos de Unión de Reyes su casa social, que ha quedado convertida en un inmenso montón de escombros después de ser azotada por el ciclón...

simétricos sembrados con celo de amante y cariño de padre, no son ya más que un recuerdo del pasado. No quedan ni bohíos, ni fincas, ni árboles, ni siembras... Aquí y allá, como mudos testigos de la tragedia que envuelve a toda la provincia, se contempla el mismo espectáculo... Un montón de maderas, hierros, vasijas destrozadas, muebles hechos astillas, y ropas inservibles. Y junto a todo ello, que era el caudal del guajiro, hombres de gesto dolorido, mujeres desme-



Pocas son las edificaciones que han quedado en pie en Unión de Reyes... La inmensa mayoría son como ésta, montañas de maderas, hierros y ladrillos!...

¡Pobres vecinos estos de Sabanilla que el destino ha hecho víctimas del brutal zarpazo de la desgracia!... ¿Cuándo podrán rehacer sus casas desbaratadas por el meteoro?

lenadas y llorosas, y niños, muchos niños casi desnudos, temblorosos, con las pupilas dilatadas aún por el terror, pidiendo pan, que no hay, y cobijo para sus endeble naturalezas transidas de frío y de miseria... Por la inmensidad del campo en ruinas caballejos, bueyes, corderos, cabras, perros, gatos y gallinas, espantados, huidizos, buscando los pesebres que ya no existen o el hogar de los amos que se llevó el viento... Y para remachar

¡Esta infeliz vecina de Cidra, contempló horrorizada junto a su hijita cómo el huracán destruía su casa de la que no quedó en pie más que la máquina de coser!...

En todos los barrios de Unión de Reyes la presencia del ciclón fué seguida de catástrofes dolorosas en las que han encontrado la miseria infinidad de vecinos...





¡Todo el esfuerzo de una vida de trabajo, destruido en minutos!... A esta anciana de rostro ensombrecido por el dolor no le queda de su hogar más que el montón de escombros en que aguarda el brazo tutelar de las almas generosas!...

¡Mirando hacia la tierra esta infeliz anciana, llora sin consuelo contemplando destrozada su casa, refugio de una vejez que tenía derecho a vivir tranquila el resto de su vida!...



los elementos, tenemos una deuda sagrada con estas humildes gentes cuyo historial fué de paciencia, laboriosidad y modestia. Hay que acudir en su socorro. No debemos abandonarlos a su suerte. Son hijos de la familia cubana, y es preciso que en lo íntimo de sus corazones quede el rescoldo siempre encendido de la gratitud por una solidaridad que, cuando la reclamaron, llegó rápida y fraterna a sus hogares desmantelados por la desgracia...

fensión material a toda la zona campesina matancera. La explicación es tan sencilla como lógica. En veinte lugares distintos, se desencadenó en la misma forma. En los pueblos, en los barrios nutridos, en los bohíos donde había flúido eléctrico y las radios funcionaban, sus habitantes se fueron guiando por la baraunda de partes oficiales que iban marcando la ruta del meteoro. Hay que confesar que hasta en los espíritus mejor preparados para estas audiciones, hubo instantes en que cundió la confusión y el titubeo. No es de extrañar que en esos conglomerados rurales, también sucediera, co-

El por qué de la catástrofe.

Cuba entera no cesa de preguntarse el por qué de esta catástrofe que sorprendió en plena inde-

(Continúa en la Pág. 74)

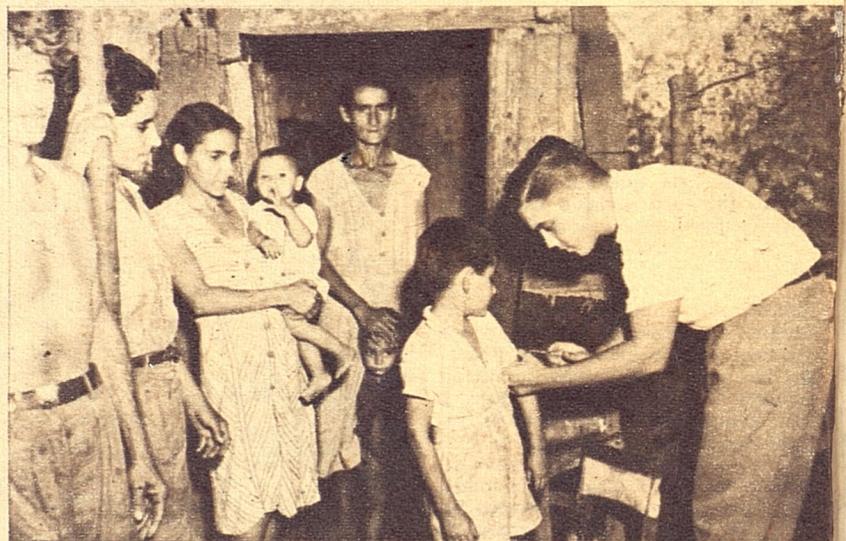
¡Con frases de gratitud estas mujeres y niños que se guarecen bajo el estrellado cielo, destrozada su casa por el ciclón, reciben latas de leche que nuestro compañero José Quilez Vicente repartió por toda la zona devastada en nombre de generosos y anónimos donantes!... (FOTOS EXCLUSIVAS PARA "BOHEMIA", AMADOR VALES.)

el drama, que es maldición por un pecado que no se cometió, las sombras del cielo se abren implacables, lanzando torrentes de lluvia sobre la tierra, aterrorizada y humilde.

No hay sino tinieblas y lágrimas; miseria y dolor por estos campos que eran orgullo de Cuba. El huracán los convirtió en solares yermos. La vida del campesino matancero ha retrocedido un cuarto de siglo. El auxilio de la colectividad no será nunca en proporción al desastre económico que se aplasta sobre millares de familias que a la tierra dieron lo mejor de su juventud y lo más recio de su laboriosidad y ese fervor que ensal-

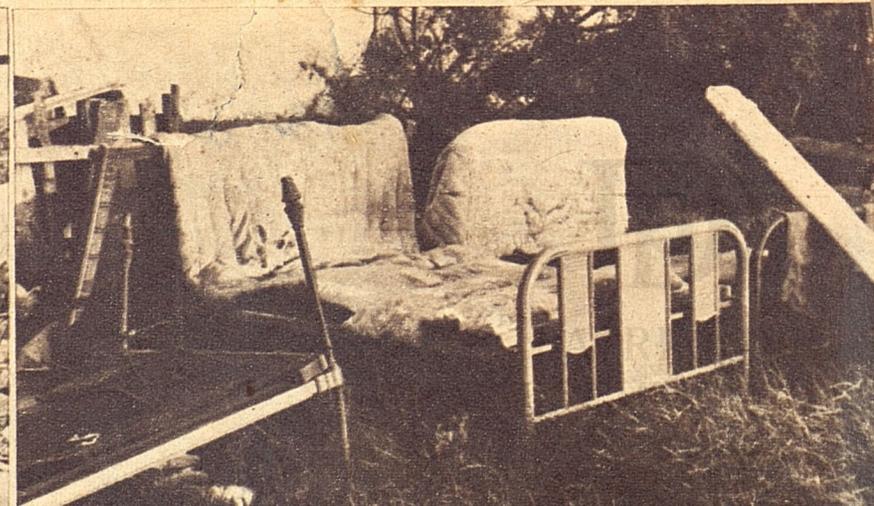
za, crea y hace Patria... Pero quedará siempre como un trallazo del destino en sus corazones desbaratados por la desventura el recuerdo de los seres queridos que fueran víctimas propiciatorias de la hecatombe. Y en las carnes maltrachadas de cientos de hombres y mujeres, quedarán los vestigios de la adversidad, que no supo respetar su lealtad, su honradez y su amor al trabajo...

Todo esto ha caído sobre los pobres guajiros, cuya situación es sencillamente espantosa. Los hombres y mujeres de buena voluntad, los que tuvimos el raro privilegio de ser respetados por el furor de

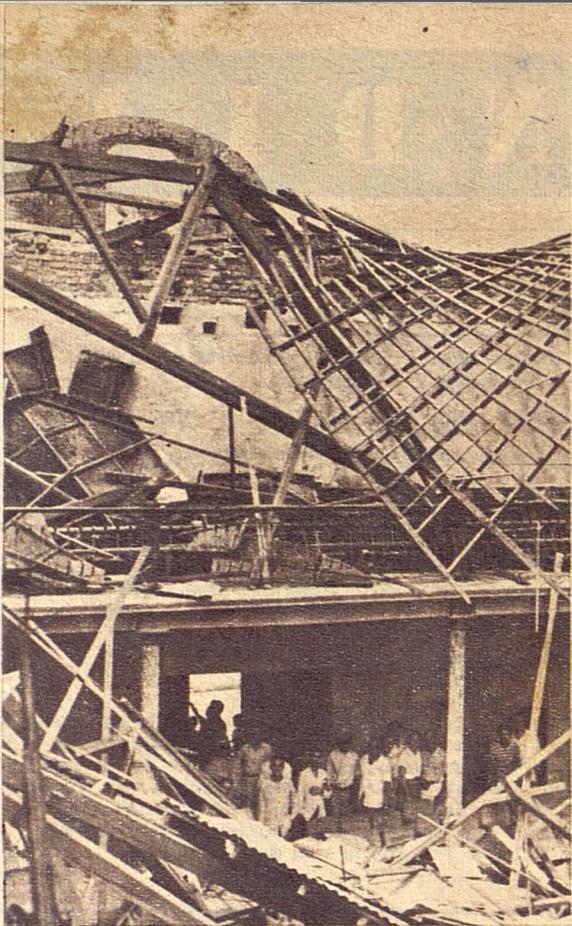


En Sabanilla, como en otros lugares azotados por el ciclón, se establecen puestos de socorro donde niños y mujeres, hombres y ancianos se inyectan contra posibles epidemias...

Otra familia de Bolondrón en cuya memoria perdurará el paso del huracán que convirtió la casa en ruinas y la lanzó a la miseria más espantosa...



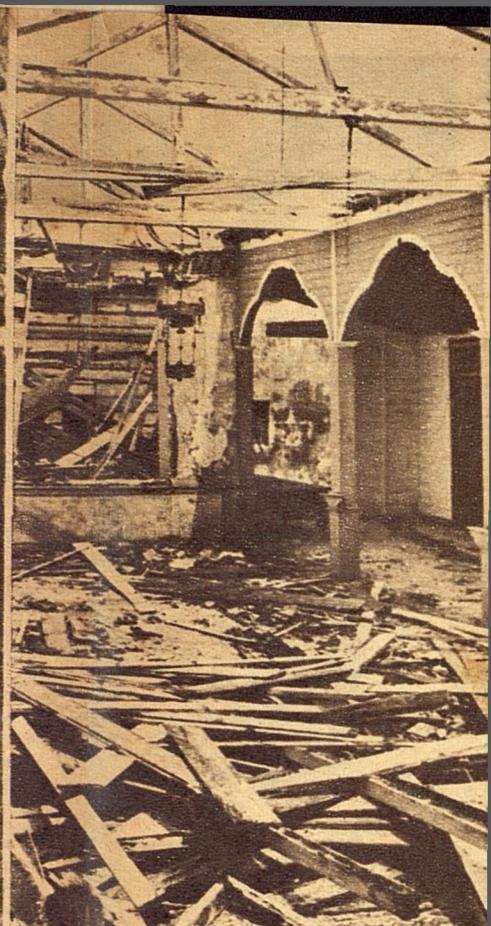
En uno de los infinitos bohíos del término de Unión de Reyes, no quedó a los moradores de una casa destrozada por el huracán más que estas dos camas en las que ahora duermen al aire sin techo y sin pan...



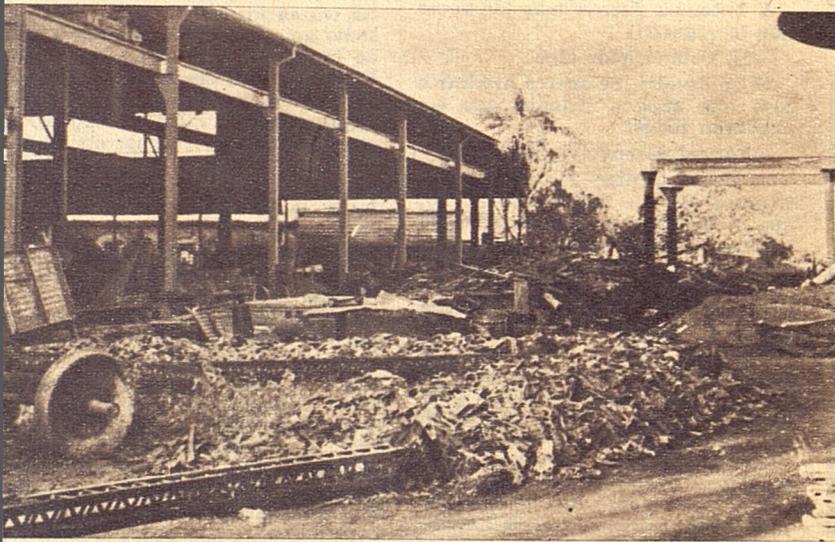
Del único teatro que había en Bolondrón no han quedado más que paredes derruidas, montones de maderas destrozadas y ruina para sus modestos propietarios...



¡Este anciano que ya rebasó los 80 años, inválido y desesperado, se resiste a aceptar la trágica realidad que arruinó su bohío y llevó la miseria a sus hijos y nietos!...



El Club de las Sociedades de Color de Bolondrón, orgullo de muchas humildes voluntades puestas al servicio de la enseñanza y la cultura no es hoy más que un solar lleno de escombros...



Esta es una de las inmensas naves de la Fundición Perret, de Unión de Reyes, donde ganaban el pan medio millar de obreros que ha quedado como toda la fábrica desmantelada y deshecha por el ciclón.

Infinidad de casas de labor, bohíos de Alacranes aparecen hoy como esta edificación cuya ruina ha dejado en la miseria a todo aquel pueblo y término matancero...



En Cidra, en la Estación del Ferrocarril había un gran depósito de mercancías... Cuando los vecinos trataban de buscar cobijo para huir del huracán, se hundió estrépitosamente... Esas son sus ruinas.

Este molino arrocero de Sabanilla, ya no trabajará más... Son ruinas sin provecho posible... El ciclón ha llevado el hambre y el dolor a todo aquel conglomerado de pueblos honestos...



EN LA CAMPIÑA...

(Continuación)

regido y aumentado. A las seis de la tarde del lunes, el desconcierto era absoluto. Se intensificó porque la primera avanzada de vientos huracanados destruyó las líneas conductoras eléctricas y dejaron de funcionar los aparatos de radio. Hubo que guiarse por el instinto y la costumbre. Pero ya era tarde. Cuarenta y cinco minutos después, en esos sectores de la provincia yumurina, el ciclón era dueño y señor del campo y de los poblados. Las medidas para combatirlo eran tardías e impotentes. Y los vientos y las turbonadas enfierecidas completaron el desastre que ahora conmueve a todo el mundo. Los guajiros, aislados, no tenían por donde escapar. Hubo fa-

milia enteras que tuvieron que amarrarse a los árboles más corpulentos para no ser envueltos en aquellas montañas de escombros, maderas y hierros que volaban por la campiña como un cortejo de fantasmas enloquecidos. Los simples arroyos eran ríos amenazadores. El que trató de cruzarlos pereció bajo su furia. Y a pesar de tantas precauciones, hechas a la ligera, dictadas por la desesperación del peligro inmediato, en la campiña matancera hay que lamentar cerca de veinte muertos y más de quinientos heridos.

Un rosario de ruinas.

El reportero ha llegado en esta excursión dolorosa y crispante a todos aquellos lugares donde el ciclón se enseñoreara a placer durante más de quince horas... Los efectos no pueden ser más desastrosos. Siguiendo la ruta, llegamos hasta Cidra, a veinte kilómetros de Matanzas. En su término hubo nueve muertos. Más de cuarenta edificios se derrumbaron dentro del pueblo. En la campiña alrededor de cuatrocientos bohíos, casas de labor y potreros.

El huracán estuvo a punto de producir una alocinante catástrofe en el humilde lugarejo. El primer edificio que se derrumbó fué el de la Guardia Rural. Sucesivamente se vinieron al suelo las casas, y el vecindario, presa de terrible pánico colectivo, huyó a refugiarse en los grandes almacenes de mercancías que la Compañía del ferrocarril tiene junto a la estación. No estaban las llaves. Durante diez minutos, empleados y vecinos se dedicaron a buscarlas. No las hallaron. El tiempo perdido en esta búsqueda fué la salvación de todos. Cuando un grupo de hombres decididos abrieron a golpes de hacha las puertas del almacén, éste se hundió estrepitosamente. De haber penetrado el vecindario cuando llegó a sus puertas, los bloques de piedra hubiesen aplastado a más de mil personas.

El pueblo inmediato, el de Sabanilla, a siete kilómetros del anterior, es el segundo de la ruta. Aquí el desastre ha sido de mayores

proporciones. En su área de unos ciento cuarenta y tres kilómetros cuadrados, los hundimientos han sido espantosos. La vivienda en los campos fué destruida en más de un noventa por ciento. En la zona urbana, más de noventa familias han perdido sus hogares. El huracán destrozó el Ayuntamiento, la Jefatura de la Policía municipal, el matadero, la Administración de Correos, las oficinas de la Junta Electoral, las Escuelas públicas con sus doce aulas en que recibían enseñanza más de quinientos alumnos. En la campiña han quedado sin escuelas mil doscientos niños y han sido devastadas las zonas arroceras, las cosechas de frutos menores y los campos inmensos de caña, factor principal de la vida del término, que se traduce ahora en la paralización de los trabajos de cultivo en el tiempo muerto al caerse los créditos en los ingenios, con la consiguiente quiebra del comercio local. En esta zona hubo cuatro muertos y numerosos heridos, siendo recogidos los primeros y atendidos los segundos por el personal de la jefatura de Salubridad y por un "team" médico de la Cruz Roja de La Habana, al mando del comandante don Juan A. Montoro.

El alcalde José Rodríguez Suárez, con vecinos y concejales, organizó los servicios de salvamento.

En Unión de Reyes quedaron destruidas más de cien casas, y dañadas muy gravemente cerca de doscientas. Una de las industrias del pueblo, la fundición Perret, donde trabajaban más de 300 obreros, sufrió tales desperfectos y averías que en cerca de un año no podrá reanudar sus labores. Por todas las calles del pueblo, montones de escombros son testigos de la violencia del vendaval. La panadería que surtía al pueblo ha sido destruida. Y hubo más de treinta personas lesionadas. La miseria es espantosa. No hay pan, ni agua, ni luz, ni viveres. Y las gentes más necesitadas son auxiliadas en el Cuartel de la Guardia Rural, donde se dan raciones extraordinarias a todo el que va a solicitarlo.

En Bolondrón el espectáculo es desolador. En el casco urbano la primera casa que se hundió fué la que ocupa la sociedad Unión Club, y tras ella noventa más... En los barrios de Galeón, Zapata, Las Piedras, Güira, Manuel Alvarez, Punta Brava, Lucía y Tienda Nueva, quedaron en ruinas muy cerca de ochocientos bohíos; de las cosechas, de los cañaverales y los campos de arroz, no queda sino el recuerdo. El Alcalde, Angel Aguilar, Robaina, con las autoridades militares y policíacas del lugar, organizó los auxilios a los damnificados, que son presa de la miseria, del hambre y del desamparo. No tie-

nen donde cobijarse. Y únicamente la solidaridad de los que aún conservan sus hogares mitiga este derrumbe moral y físico. También aquí hubo muertos y heridos.

En Alacranes el desastre es parejo al de los otros pueblos de la provincia. Setenta edificios quedaron convertidos en escombros dentro del casco urbano. Y en la campiña desaparecieron cuatrocientos treinta y siete bohíos, casas de labor y potreros. Por fortuna en este término no hubo que lamentar desgracias irreparables. Tan solo cinco o seis personas resultaron lesionadas por golpes y magullamiento.

En Bermeja sucedió algo parecido. Y en Cabezas exactamente igual. Derrumbes de casas, escombros, devastación en los campos y

pérdida total de toda clase de cosechas.

Así fué el balance en estos pueblos matanceros por cuyos términos atravesó el ciclón y que hoy son un campo inmenso de ruinas.

Estela de gratitud

Muchos años llevamos en esta profesión contemplando desventuras y dolores ajenos. Nunca nuestra sensibilidad sintió conturbación parecida a la que hemos experimentado en la dolorosa excursión. Pero al mismo tiempo nuestro espíritu se ha bañado en un inefable

sentimiento de bienestar, al ver la estela de gratitud que, modestamente, hemos dejado a nuestro paso. El coche en que viajábamos, apenas identificado en los arrabales de los pueblos, en los cruceros de los caminos y en el entronque de las carreteras, se vió rodeado de hombres y mujeres, viejos y niños, en cuyas pupilas se reflejaba la emoción por vernos llegar a compartir sus momentos de tribulación. No ha habido niño, ni mujer próxima a ser madre, ni anciano en

el declinar de la vida que no ha sentido nuestra humilde solidaridad con su pena. Los hombres que ocupamos el vehículo, llevando a guila al teniente de la guardia rural Félix Martínez agregado por Plana Mayor del Regimiento Pládo número 4 de Matanzas, nos dedicamos a entregar latas de leche condensada, galletas, agua mineral y cuanto llevábamos a todos ellos seres débiles cuyas naturalezas necesitaban inmediatamente. Y los modestos donativos eran recibidos con exclamaciones de afecto y lágrimas de reconocimiento que perdurarán mucho tiempo en nuestro recuerdo. Así, con este colofón grato para nosotros, ha terminado nuestra excursión.

Ya en Matanzas, recibió la bondadosa señora Fabia Domínguez Soca Llanes, esposa del Jefe militar de la provincia, de manos del reportero un generoso cargamento de medicinas, vitaminas, sueros, curas e inyecciones que la casa "Johnson and Johnson" enviaba los damnificados por el ciclón, por medio de BOHEMIA.

Entre frases de gratitud, la virtuosa dama trasladó el valioso cargamento al jefe de Sanidad de la provincia doctor Manuel J. Pon Domínguez, que inmediatamente dispuso su distribución en los puntos más necesitados de las regiones devastadas por el huracán.

Al salir de Matanzas, rumbo a I Habana, recordamos agradecidas las medidas que el coronel Otilio Soca Llanes tomó para que nuestra misión informativa no sufriera tropiezo alguno, dando órdenes a todos los cuarteles de la Guardia Rural enclavados en el trayecto con el fin de que se nos prestaran ayuda y cooperación sin límites de ninguna especie. Así las recibimos de jefes oficiales y alistados.

Y entre ruinas, dolor y miseria quedan millares de guajiros cubanos a los que no se puede olvidar y en cuya ayuda y socorro es preciso que Cuba entera acuda sin pérdida de momento.

oct 3/48



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA